

LITERATURA.

LA DIVINA COMEDIA DEL DANTE.

LA *Divina Comedia* del Dante es hace cinco siglos objeto de estudio para los literatos y un monumento original que nadie ha imitado. Las tragedias de Shakspeare se han copiado muchas veces, pero jamás se ha hecho una epopeya modelada por la del Dante. La obra de éste, á la manera de la *Iliada*, reproduce los caracteres de los grandes poetas primitivos; es enciclopédica; comprende toda la historia, toda la teología, todas las ideas del tiempo en que se escribió; es una época de renovacion como en la edad de Homero; se sabe poco y se siente mucho; á la mística aparicion de la influencia religiosa y de las leyendas, se une la fuerza guerrera; la mezcla de la civilizacion antigua con la rudeza y barbarie del siglo XIII; aquellas luces de la antigüedad, combinadas con los sueños anticipados de un estado social futuro, dan á los cuadros del poeta una fisonomía particular y de singular efecto.

Despues de la caída del imperio romano y de la invasion de los bárbaros, apenas se ven revolotear algunos débiles resplandores en medio de las confusas ruinas de la sociedad; despues que, segun la espresion de Maquiavelo, los hombres habian cambiado los grandes nombres de César y de Augusto por los de Pedro y de Juan, parecia que el mundo habia decaido. Los cien pueblos de Italia, en perpétua lucha, estaban asolados por las proscripciones, que convertian este brillante jardin de Europa en la tierra mas oprimida y mas anárquica; por un lado, el imperio, sostenido por el partido gibelino, es decir, por la aristocracia de las ciudades, no habia podido destruir al partido guelfo ó democrático, cuyos representantes se habian hecho los soberanos pontífices: por otro, la contienda entre guelfos y gibelinos habia cambiado de objeto, y no era ya mas que una lucha entre los nobles y los plebeyos.

En medio de este conflicto aparece un hombre de genio, dotado de un gran talento, de un alma ardiente y melancólica, el cual es el Dante. Guelfo, exaltado durante treinta años, se hace pueblo; pero las ambiciones, las rivalidades dividen su partido; la noble causa que defiende degenera en guerras civiles, y la Italia agota sus fuerzas sobre sí misma: no ve mas salvacion para su patria que en aquella unidad que le deseaba Maquiavelo, aun á costa de un Borgia; desterrado de Florencia, donde habia nacido, se hace gibelino por venganza; pero por su genio se sobrepone á gibelinos y guelfos; en él se manifiesta un pensamiento alto; sublime, sobre la alianza de los dos poderes tan largo tiempo rivales. Para impedir que se consuma tanto valor y energía en miserables contiendas, dirige sus miradas á aquella antigua imágen de Roma, de la que no quedan mas que las ruinas del capitolio; mas los papas han degradado la tiara, y el Dante mira mas allá, y le desea un señor á la Italia.

Solo el orgullo de un descendiente del pueblo romano puede explicar semejante deseo en aquel carácter tan independiente, que ni la libertad de una república pudo soportar: no desconoce lo que puede tener de bueno el poder pon-

tifical, quiere hacerlo el tipo de la justicia moral, pero sin someter el cetro al incensario; quiere realizar la union de la fuerza y de la sabiduría; quiere hacer al poder impotente contra la religion, y á la religion poderosa para consagrar el poder, pero no para destruirlo.

Este lazo de unidad para la Italia forma toda la política de la *Divina Comedia*: cuando el autor hace viajar á Virgilio en el infierno, por entre los círculos concéntricos, cuya estructura ha descrito; cuando muestra la gigantesca estatura de Lucifer como una inmensa escala que sirve para subir los escalones; en medio de estas estrañas invenciones, le da á Lucifer tres cabezas, de las cuales una devora á Judas Iscariote, y las otras dos á Casio y Bruto, á Bruto á quien castiga sin envilecerlo, y á quien presenta como un estoico inflexible. Estos dos últimos están insurreccionados contra el imperio, al que figura bajo la forma de un águila estrangera, mientras que el primero se ha revelado contra Dios. De este modo domina en todas partes la idea de la necesidad del poder imperial.

Este poema, en cien cantos, en que figuran Sto. Tomás, S. Buenaventura y una multitud de doctores, donde se encuentran tantas disertaciones teológicas, era un instrumento destinado á popularizar ideas políticas y morales, porque estos nombres y estas cuestiones eran las que mas en boga estaban entonces; eran los símbolos de la sabiduría. Para realzar el imperio, no teme el poeta humillar á sus enemigos, y usa con frecuencia de una libertad que sorprende en un escritor de la edad media; al mismo tiempo que echa menos la supremacía pontifical de los tiempos pasados, enciende una grande hoguera, donde arroja cubiertos de maldiciones los vicios de simonía, avaricia y lujuria.

Fuera aparte de las alegorías con que reproduce este poema la fisonomía sencilla, pero enérgica, de la época, tiene un carácter necesariamente científico, pues de entre un hacinamiento de estudios y de recuerdos tomados de la teología, del derecho y de la historia, sale el Dante puro y nuevo como Homero. Cuando aparta y separa toda esta estraña mezcla, su imaginacion inventa como se inventaba en los primeros dias del mundo; sus imágenes arrebatan; tiene la voz jóven y argentina del poeta; siempre sencilla, siempre verdadera, que es lo que constituye su eterna gloria. Solo Milton, despues de él, ha encontrado, en medio de los clamores escolásticos y de una vida tempestuosa, un cielo y un horizonte inaccesibles. Uno de los paságes mas admirables de Milton en su *Paraíso perdido*, es aquel en que aparece él mismo, en el que habla de sus males, de su ceguera: pues esta belleza se encuentra siempre y sin violencia en el poema del Dante; contemplador de ese mundo invisible, cuya historia traza, á cada momento aparece y habla de su gloria y de sus esperanzas. La presencia del autor en todas las partes de su *Divina Comedia* contribuye á crear en ella un género particular de belleza: desde el canto primero encuentra á Virgilio, á quien toma por guia y protector: llega al vestibulo del infierno, en donde se hallan detenidas las almas de los grandes poetas antiguos; y despues de haber contado á Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano, esclama: *¡Y yo tambien me encontré el sexto entre estos grandes poetas!*

Seria muy largo recordar todos los episodios que embellecen esta obra: bien conocidos son los de *Francisca de Rimini* y de *Ugolino*, y no es posible leer sin conmovirse los de *Farinata degli Uberti*, del desgraciado *Pier delle Vigne*, de *Brunetto Latini*, de *Vanni Fucci*, de *Manfredi*, *Sordello*, *Fore-*

se, etc. etc. Repetidas veces se ha acusado al Dante de haber imitado á Virgilio, mas lo que apenas le da á éste materia para veinte versos, se la da al poeta italiano para un poema entero. ¡Cuánta imaginacion hay en el *Paraíso*, el *Purgatorio* y el *Infierno*! ¡Qué cuadros tan admirables en aquella progresion de suplicios y tormentos, en aquella série de pruebas con que se purifica el alma, y en la sucesion, por último, de felicidades que se le prometen! ¡Cuánto debe sorprender la fecundidad de semejante genio! Nadie le disputará el título que se le ha dado de *Padre de los poetas*.

El Dante no disfrutó de su gloria, sino que despues de una vida llena de contrariedades y grandes padecimientos, murió en el destierro en 1321, en casa de Guido Novello, de Rávena, y hasta un siglo despues no reclamó su patria sus cenizas, pero inútilmente.

Nacido en Florencia en el mes de Mayo de 1265, de la familia de los Alighierri, pusieronle á este poeta por nombre *Durante*, que se cambió despues, abreviándolo, en el de *Dante*. Teníase en aquellos tiempos en gran crédito la astrología judiciaria, y Brunetto Latini, poeta y filósofo, que tenia fama de sábio astrólogo, predijo que aquel niño se elevaria algun dia á grande altura; y encargado despues de su educacion por su madre *Bella*, no omitió medio alguno para desarrollar las felices disposiciones de su discípulo. Dante perdió á su padre siendo aun muy niño; á los nueve años vió por primera vez á una jóven de su misma edad, llamada Beatriz Portinari; ésta desde luego le causó impresiones, que si bien se pudieron debilitar andando el tiempo, no se borraron jamás; para ella compuso sus primeros versos; en una de sus obras en prosa, intitulada *La Vita nuova*, escribió la historia de sus inocentes amores, y le erigió un monumento mas célebre aun en su gran poema, que está en cierto modo lleno todo él de sus recuerdos. No limitó Dante sus estudios á la poesia y la literatura; la filosofia de Platon y la de Aristóteles, la historia y la teología, lo ocuparon tambien á su vez; sabia perfectamente el latin, la lengua provenzal, y hasta algo del griego, cosa muy rara entonces. Cultivó, además, la música y el dibujo, y hasta los veinticinco años se le vé entregarse incansable á todos los egercicios del ánimo. Muchos de sus ensayos poéticos, en honor de Beatriz, adquirieron fama; pero hallándose en el caso de deber pensar en su porvenir, titubeó entre muy diversos partidos, y hasta pensó en ser fraile, asegurándose que llegó á vestir el hábito de S. Francisco; mas estas ideas fueron de poca duracion, porque en la guerra, en la célebre batalla de Campaldino en 1389, aparece por primera vez como ciudadano de Florencia. Servia en la caballería, y contribuyó al triunfo que dispó las últimas esperanzas de los gibelinos. El Dante, hijo de una familia de guelfos, habia abrazado sus pasiones con todo el ardor de su carácter; en el año siguiente volvió á combatir otra vez contra los de Pisa, y se halló en el sitio y toma del castillo de Caprona; pero sus talentos eran mas á propósito para las embajadas ó misiones políticas, y de éstas desempeñó hasta catorce.

En 1290 le esperaba un gran pesar en Florencia; Beatriz murió á los veintiseis años, casada hacia ya algun tiempo con un personage de la noble familia de los Bardi. Algunos meses pasaron antes que pudiera desahogar en versos sus penas sobre la tumba de su amada; la celebró, la lloró, la divinizó en mil canciones; escribió una carta en latin, dirigida á los reyes y príncipes de la tierra, para pintarles la desolacion en que dejaba á Florencia y al mundo entero

la muerte de Beatriz. No nos detendremos aquí á combatir la opinion emitida recientemente de que Beatriz no era mas que la personificacion del poder imperial por que tanto anhelaba Dante, puesto que la ha refutado con suma gracia el autor de la *Vida íntima*, Mr. Latour. Mas el vivo disgusto que causó á nuestro poeta la pérdida de su amiga, no le impidió casarse en 1291 con Gemma Donati, de quien tuvo varios hijos, y con la que no vivió mucho tiempo en buena inteligencia, hasta que ella al fin lo abandonó para no verlo mas. Este desacuerdo lo colocó en el partido de los *Blancos*, y fue el origen de todas sus desgracias.

Los gibelinos habian sido espulsados de Florencia, y los guelfos, dueños absolutos del poder, se dividieron á poco tiempo en dos facciones; la de los *Negros* que, apoyados por el papa, querian llamar á Carlos de Anjou, y la de los *Blancos* que á ello se oponian violentamente. Los Donati eran del primer partido, y Dante abrazó el segundo; nombrado prior en 1300, no pudo reprimir las discordias civiles; y cuando Carlos hubo pasado los Alpes, se le designó como gefe de la embajada que se envió al papa Bonifacio VIII, con cuyo motivo dijo aquella espresion tan altanera, como sabida: *¿Si yo voy, quién queda? ¿Y si me quedo, quién va?* Mientras estaba él en Roma, Carlos, despues de haber recibido el título de pacificador de Toscana, entró en Florencia en 1.º de Noviembre de 1301; y á pesar de sus solemnes promesas, bajo el pretexto de una fingida conspiracion, entregó á la venganza de sus adversarios á los *Blancos*, que llenos de terror y espanto, huyeron en todas direcciones. Entonces los mandó comparecer á su presencia, y los condenó como rebeldes por no haberlo hecho: confiscó sus bienes, é hizo demoler sus palacios, sin que fuera mejor la suerte de los que se atrevieron á presentarse, porque la mayor parte fueron desterrados y confiscados tambien ó destruidos sus bienes. El número de proscritos pasó de seiscientos, sin contar las mugeres y los niños; el gobierno de Florencia se apropió sumas inmensas, tocándole por su parte á Carlos de Valois veinticinco mil florines de oro, terminando de este modo su mision de pacificador de Toscana.

Dante, entre tanto, seguia en Roma, y no podia dejar de ser perseguido: fue primero condenado al destierro y confiscacion de sus bienes, y por otra segunda sentencia á ser quemado vivo con todos sus parientes: ambas sentencias existen escritas en un latin bárbaro. Entonces fue á reunirse con los demás desterrados, hicieron todos causa comun con sus antiguos adversarios los gibelinos, y en vano intentaron en 1304 los *Blancos-Gibelinos* apoderarse de Florencia por fuerza. Dante despues no hizo mas que cambiar frecuentemente de asilo, hallando en todas partes buena acogida, y cansando muy pronto á sus huéspedes, ya fuese por la altivéz y dureza de su carácter agriado por la desgracia, ó ya por su desgracia misma. «Reservo, escribia, mi mayor compasion, para los que consumiéndose en el destierro, no vuelven á ver á su patria sino en sueños.» La llegada á Italia del nuevo emperador Enrique de Luxemburgo le infundió algunas esperanzas, que desvaneci6 la impensada muerte de este príncipe. Por este tiempo se dice que fue á París y frecuentó la universidad; y volviéndose en seguida á Italia á continuar su vida errante, murió en Rávena, á los cincuenta y seis años, de una corta enfermedad, y fue enterrado en la iglesia de los franciscanos descalzos, en un sencillo túmulo de mármol sin ninguna inscripcion, hasta que en 1483 le erigió Bernardo Bembo un monu-

mento digno de él. Rávena jamás quiso consentir en devolver los restos de este gran hombre á su patria.

Véase el retrato que de él nos ha dejado Bocacio.

Dante era de estatura mediana y ligeramente encorvada; su andar noble y grave, sus maneras agradables y finas; nariz aguileña, ojos grandes, cara larga, y el labio inferior un poco saliente: tenia el color muy moreno, y la barba y el pelo negro, espeso y crespo.

Su fisonomía era de hombre melancólico y pensador, y naturalmente taciturno y meditabundo; casi no hablaba como no le dirigieran la palabra, y abortó como estaba frecuentemente en sus reflexiones, solia no oír las preguntas que le hacian. Amaba con pasión todas las bellas artes, y dotado de una hermosa voz, cantaba muy bien, siendo éste su modo favorito de esplayar las emociones de su alma, principalmente cuando éstas eran dulces y agradables.

R. de C

EL MEMORIALISTA.

(Segunda parte.)

Hay una calle escusada
En el barrio del Mauron,
Estrecha, sucia y ahumada,
Donde tiene su morada
Nuestro D. Roque Toston.

Es dictámen de arquitectos,
Que su casa alojamiento
No presenta otros defectos,
Que mecerse á los efectos
Del mas apacible viento.

Por lo demás es muy cuca;
Y de penetrar cualquiera
Sin un colchon por peluca,
Se desvarata la nuca
Al subir por la escalera.

En fin, tal como quedó,
Cuando se marchó Boabdil,
Su dueño la conservó,
Y nunca la visitó
Carpintero ni albañil.

Esto será suficiente,
Sin otras esplicaciones,
Para ponerse al corriente
De lo que son al presente
Todas sus habitaciones.

Vamos solo á descifrar,
Por lo limpia y peregrina,

Una que sirve á la par,
De retrete familiar,
De dormitorio y cocina.

Es una sala ovalada
Sin puertas ni soladura,
Con la pared impregnada
De una capa bronceada
Que parece de pintura.

Sus muebles son, en un lado
La reunion ó amalgama
De un colchon muy estrujado
Con un débil *afelpado*,
Para que sirva de cama.

En el opuesto un armario,
Candil de luz amarilla,
Y un cofre asáz perdulario,
Que por todo vestuario
Contiene dentro una almilla.

En el centro un mal brasero
De barro de hacer crisoles,
Dando su calor postrero
A un retostado puchero
Con caldo de caracoles.

Tales son en conclusion
Los muebles de la guarida
En que D. Roque Toston
Vive sin ostentacion

Con su familia querida.

Familia que por fortuna
No quiso el cielo alargar,
Y aunque casi siempre ayuna,
Mal ó bien se desayuna
A las horas de cenar.

Tiene dos hijas mozelas,
Que en su parecido físico,
Desde los pies á las muelas
Demuestran que son gemelas;
Su muger, y un gato tísico.

La respetable mitad
Del antiguo limosnero,
Era una rara beldad
De mucha amabilidad,
Cuando entró José primero.

Tanto que ningun francés,
De ranchero para arriba,
Dijo que la bella Inés
Se le mostró descortés
Ni mucho menos esquiva.

En el día es una vieja
Que fuma mas que un soldado,
Con ojos de comadreja,
La tez color de lenteja,
Y bigote pronunciado.

Las niñas son diferentes;
Es decir, de pocos años;
Y por lo demás, dos entes
Con las señales patentes
De ser vivos desengaños.

Sus frentes son de herradura;
De mollete los carrillos;
Las bocas de sepultura;
Y en cuanto á la dentadura,
No tienen mas que *colmillos*.

Ambas hermanas son chatas;
Sus cabezas un zarzal;
Los ojos cual garrapatas;
En vez de pies cuatro patas,
Y su cintura un costal.

En costumbres y afición
Siguen el mismo camino;
Sus lenguas son de escorpion;
Tienen muy mal corazón,
Y se mueren por el vino.

Por práctica inveterada
Y vocación verdadera

Se ocupan.... en no hacer nada.
Cuando alguna es preguntada,
Responde: —soy costurera.

Mentira que sobrepuja
A cuantas pueden echar;
Pues segun su faz dibuja,
Si entienden algo de aguja
Es en la de *marear*.

Para acabar el relato
De tan amable familia,
Diremos algo del gato,
Animal el mas sensato
Que en la casa domicilia.

Este infortunado sér,
De padres desconocidos,
No sabe lo que es comer;
Se contenta con oler,
Y dar al aire maullidos.

Nunca grasientas materias
Durmió tranquilo en su lecho,
Y tan continuas miserias,
Le sacaron sus arterias,
Y el pobre enfermó del pecho.

En derredor del brasero
El gato, niñas y madre
Están mirando el puchero,
Y con afán verdadero
Esperan todos al padre.

El mientras está gastando
La mitad de dos reales
Que ganó trapaleando;
Y el estómago *arropando*,
Olvida todos sus males.

No obstante, como blasona
Que de buen hombre se pasa,
En cuanto coja una *mona*,
Mas ligero que Cardona
La conducirá á su casa.

Esto mismo presumiendo,
Se miran de cuando en cuando,
Las hijas medio durmiendo,
El pobre animal tosiendo,
Y la Doña Inés fumando.

Por último, al rechinar
De la remendada puerta,
Y la escalera pisar,
Por instinto familiar
Se ponen todos alerta.

Apenas en el estrado
 Entra D. Roque Toston,
 Advierten sin gran cuidado,
 Que si no viene *tiznado*,
 Viene á lo menos *pinton*.

Por lo tanto la muger
 Que ya sus mañas conoce
 Cuando acaba de beber,
 Fingiendo grato placer,
 Ni le *guña* ni le *tose*.

Al contrario, con agrado
 Y el semblante de alegría,
 Le pregunta si ha ganado;
 El dinero que ha gastado,
 Y si pasó bien el día.

D. Roque, con ademan
 De sosegado desden,
 Saca un veterano pan
 De entre el pecho y el gaban,
 Mas negro que una sarten.

La madre con mucho arte
 Y extraordinaria viveza
 Entre todos lo reparte:
 Cada cual toma su parte,
 Y el gato mira y bosteza.

Con el espinazo corvo,

Del fuego á los arrabales
 Se sientan, y sin estorbo
 Se beben á *soplo* y *sorbo*
 El caldo de caracoles.

Y les parece tan rico,
 Tan buena la golosina,
 Que del mas grande al mas chico
 Se relamen el hocico,
 Cual si fuera de gallina.

Por eso á la conclusion
 Su vista se torna fosca,
 Y echando una maldicion
 Se dirigen al colchon,
 Y van haciendo la *rosca*.

La familia brevemente,
 Sin afanes ni recuerdos,
 Se duerme profundamente;
 Y al respirar dulcemente
 Parece un *coro* de cerdos.

Tal es de D. Roque el sér;
 Tal es su bello pasar:
 Por la mañana embrollar;
 Por tarde y noche beber,
 Y poco despues roncar.

M. Pina.

BIOGRAFÍA

DE D. MARIANO CUBÍ Y SOLER.

ACABA de salir la del señor Cubí en el *Suplemento al Diccionario de escritores catalanes* que dirige el distinguido Dr. D. Juan Corminas, vicario general en sede vacante de la catedral de Burgos; y aunque han aparecido ya algunas de dicho señor que hacen referencia á los méritos literarios que contrajo en la Habana y los Estados-Unidos, como fundador de varios colegios y autor de distintas obras, nos apresuramos á insertar la del mencionado *Suplemento* porque en él es considerado como frenólogo y se da noticia de los últimos hechos de su vida, dechado de laboriosidad.

Nada queremos decir, por ahora, de la obra del Dr. Corminas reservando hacer de ella un juicio crítico para cuando se halle completamente terminada. — N. G.

El artículo á que aludimos dice así:

CUBÍ Y SOLER (D. Mariano). Nació en Malgrat á 15 de Diciembre

de 1801. Embarcado en 1821 en la fragata americana Pavo real en calidad de profesor de la lengua española, llegó á Baltimore, estado de Maryland, en cuyo colegio de Santa María desempeñó el cargo de profesor de lengua y literatura española. En 1822 publicó una gramática castellana en inglés, de la que van hechas cinco ediciones. En 1829 pasó á la Habana y fundó una casa de educación, que dirigia con el difunto catalán D. Juan Olivella, y existe floreciente con el título de San Fernando. Fue autor de la primera revista en la Habana, cuyos artículos fueron todos de su pluma á escepcion del primero. En 1833 estableció otro colegio en Tampico, con el nombre de *Fuente de la Libertad*. A causa de los sacudimientos políticos se trasladó á Nueva-Orleans, donde habiéndose dedicado al estudio de la frenología, publicó sus observaciones en un folleto. En 1837 fue nombrado por aclamacion catedrático de idiomas modernos en el colegio de la Luisiana. Desde el Nuevo-Mundo mandó á la biblioteca de escritores catalanes establecida en Barcelona las siguientes obras suyas: *Spanish grammar*. — *Traductor español*. — *Traductor inglés*. — *Traductor francés*. — *Prospecto del colegio de Tampico*. — *Aritmética*. — *Discurso sobre la frenología*. — *Discurso sobre templanza*. — *Introduccion á la frenología*.

Las lenguas y la metafísica fueron los objetos de la predileccion del señor Cubí desde muy jóven. No habiendo podido encontrar un punto de apoyo, en que afirmar sus convicciones, abandonó el estudio científico del hombre y trató de observarle por sus efectos; es decir, mirando los hombres muy particularmente en cada una de sus profesiones y modo de existir. Perdiase su mente en la observacion y llegó á no hacer caso de cuanto daba la prensa sobre la metafísica; cuando hé aquí que en 1828 lee por primera vez el compendio de frenología por Combe. «Mas verdad existe en la nomenclatura de esta ciencia, que en cuanto se ha escrito desde Aristóteles,” exclamó Cubí. Leyó luego con avidéz á Gall, Spurzheim; y cuando la verdad, de cuya adquisicion desesperaba antes, le pareció que asomaba su magestuosa cabeza por el nuevo camino, emprende un viage de dos años por todos los Estados-Unidos, visita escuelas, colegios, cárceles, mas de cuatrocientas instituciones: examina mas de dos mil cabezas de personas de todas clases y condiciones, y convencido de que la frenología solamente le ofrece un campo de filosofía mental, la satisfaccion de llevar á la amada patria verdades, le decide á volar á España, dejando la universidad de Luisiana.

Llegó á Barcelona el 1.º de Octubre de 1842. El 7 de Marzo de 1843 abrió allí su cátedra de frenología, en la cual contó ciento dos alumnos. En 1823 la prensa barcelonesa habia dado un folleto sobre esta ciencia, pero de mérito escaso. La *Coleccion de tratados breves y metódicos*, que desde 1828 publicaban en Sevilla los señores Herrera, Dávila y Alvear, ofreció un tratado de frenología. La medicina iniciaba á sus alumnos en los principios de la misma, y el señor Monlau en su higiene adoptó la nomenclatura de los frenólogos; mas el público en general se mantenía extraño á aquellas nociones, la literatura tal vez las desdénaba, y era muy comun la aprension de que la doctrina de Gall si no era materialista, conducia á lo menos á aquel sistema desconsolador. Suele ser muy comun confundir un sistema ó ciencia con los errores en que incurren sus discípulos bastardos, ó con las lejanas consecuencias que cualquiera se permite deducir aun de principios puestos fuera de controversia ó muy bien sentados. Las lecciones del señor Cubí combatieron la prevencion y popularizaron la cien-

cia, la cual enriqueció con el *Sistema completo de frenología con sus aplicaciones al adelanto y mejoramiento del hombre individual y socialmente considerado*, dos tomos en octavo. Tenemos á la vista la tercera edicion de Barcelona, imprenta de Oliveres, año 1846. En esta edicion se ocupa muy particularmente en responder á las objeciones que le hicieron el señor Balmes en su revista *La sociedad*, y el señor Cuadrado en el periódico *La Fe*, al cual ya el señor Cubí habia respondido en la Revista Balear. Como usa de un sistema de ortografía enteramente acomodado á la pronunciacion, añade un erudito tratado en su defensa, bajo el título: *Bosquejo histórico de la ortografía castellana*.

Es tal el convencimiento que abraza el señor Cubí, tanta la latitud que da aquella ciencia, que como si se hallara agitado de fuerza superior emprendió una especie de mision literaria por las poblaciones principales del reino, logrando dejar en casi todas partes sociedades frenológicas, y obtener testimonios honoríficos de los que acudieron á oírle. Tropezó en su marcha por Mayo de 1847 en la ciudad de Santiago de Galicia, donde el tribunal eclesiástico procedió á formarle causa en virtud, segun parece, de la escitacion hecha por un impreso de D. Antonio Severo Borrajo, doctor en sagrada teología, dirigido contra el señor Cubí. «A todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír.» El señor Cubí contestó inmediatamente con el impreso, que con el título de *Refutacion completa*, dió á luz en la Coruña en la imprenta de D. Domingo Puga. El señor Cubí rebatió victoriosamente los cargos, trató de dejar bien sentada su reputacion religiosa, descubriendo además los títulos, que le asisten para no pasar como persona desconocida, entre los cuales se cuenta el de haber desempeñado el cargo de cónsul por el papa Leon XII en los Estados-Unidos. El referido tribunal no solo se ocupó de las lecciones frenológicas dadas en Santiago, si tambien del sistema frenológico y del *Manual práctico del magnetismo animal*, por Alfonso Teste, traducido y reformado por Mariano Cubí y Soler, y Magin Pers y Ramona. Barcelona, imprenta de Verdaguer, 1845. El señor Cubí, en su *Refutacion completa*, se quejó muy sentidamente del silencio, que sobre su doloroso incidente, guardaba la prensa periódica. *El Eco de la Frenología*, en el número de 15 de Junio de 1847 le correspondió, así como en el número de 1.º de Agosto, guardando respeto al tribunal eclesiástico, cuyo fallo se dió en 7 de Abril de 1848, y fue de sobreseimiento en la causa «dejando á salvo la persona y sentimientos de D. Mariano Cubí, y esperando que en lo sucesivo no usará en materia de tamaña trascendencia de un language indeterminado y equívoco susceptible de varios conceptos é interpretaciones peligrosas. Regresado á Barcelona el señor Cubí publicó: *Polémica-religioso-frenológico-magnética sostenida ante el tribunal eclesiástico de Santiago, en el expediente que ha seguido con motivo de la denuncia suscitada contra los libros y lecciones de frenología y magnetismo de etc., redactada y publicada segun ofrecimiento que hizo el autor y admitió aquel tribunal*. Los dictámenes de los censores y respuestas del encausado ofrecen una curiosa y filosófica lectura; y es muy notable en favor del señor Cubí lo que estampó en su dictámen el P. Mtro. Fr. Manuel García Gil, quien hablando de sus conferencias con el señor Cubí, dice: No solo me han causado una impresion agradable, no solo me han hecho formar del señor Cubí ventajoso concepto, sino que creo, y no temo decirlo, que acaso es el hombre á quien espera la gloria de purgar la frenología y magnetismo de cuanto tienen de peligroso y falso, y armonizar por tanto esos sistemas con la religion.

Sigue el señor Cubí dando lecciones de frenología en Barcelona, y bien podemos afirmar que aquella inteligencia activa, llena de esquisitos conocimientos, comienza una nueva época ó fase de su vida. Fijámosla desde 12 de Agosto de 1848 en que principió á publicar *La Antorcha*, semanario enciclopédico de ciencias, artes, literatura é industria, dedicado á ilustrar todas las clases y favorecer todos los intereses de la nacion española, por D. Mariano Cubí y Soler. La publicacion ha obtenido acogida, buenos y merecidos elogios por su inmediata aplicacion á la educacion, progreso civil é industrial, y por la amena variedad de sus títulos, distinguiéndose algunos lingüísticos y ortográficos, así como el en que batió con mano fuerte é irresistible el comunismo, que pretendió levantar la cabeza entre nosotros. Tenemos entendido que de muchos años á esta parte se ocupa en una obra sobre los varios dialectos, que se hablan en la Península española, y de los cuales trata algunas veces en *La Antorcha*, insertando composiciones selectas. Notemos por conclusion, que la gran práctica del señor Cubí en el reconocimiento de cabezas, y la combinacion de los signos frenológicos con los temperamentos y otras mil consideraciones que deben tomarse en cuenta, y solo están al alcance de quien á una larga esperiencia y observacion junta el talento necesario, dan á sus dictámenes hechos sobre el examen de cabezas una importancia extraordinaria: y hemos visto reconocimientos, que nos han sorprendido, y no es fácil que sean creídos por los que no se hayan aproximado á enterarse de la realidad. Los que sin reunir tan relevantes dotes como el señor Cubí quieran lanzarse á semejante tarea, es fácil que se vean muchas veces chasqueados. Decímoslo todo como narradores de lo que hemos visto, sin pretension de que á nuestras líneas se dé otro crédito, que el que merece un hombre que dice de buena fe lo que ha experimentado.

A JEHOVÁ (*).

HIMNO DEL PUEBLO HEBREO.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios que nuestro Dios!
 ¡Dios es el Dios de la verdad!
 ¡Dios es el Rey del mar y el sol!
 ¡En cielo y tierra es JEHOVÁ!

VÍRGENES.

Dios es el que vierte la lluvia y rocío;
 Quien viste los valles de alegre verdor;
 El da las cristales sonoros al rio;
 Al aura murmullo, perfume á la flor.

(1) Este himno pertenece á la tragedia oriental *Saúl*.

PUEBLO.

Dios hizo los polos y en ellos asiento
 Dió al mundo que rige su mano inmortal;
 Con un leve soplo pudiera su aliento
 Hacer en sus eges la tierra temblar.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios, etc.

VÍRGENES.

El sol, que callando su voz obedece,
 A él debe su eterna, feliz juventud:
 La plácida luna de amor palidece
 Bebiendo en sus ojos la fúlgida luz.

PUEBLO.

Querubes ardientes postrados se humillan
 En torno del sólio del Dios de Moisés;
 Y son las estrellas, que trémulas brillan,
 Las áureas arenas que pisan sus pies.

CORO GENERAL.

¡No hay otro Dios, etc.

VÍRGENES.

¡Dichoso, entre todos los pueblos del mundo,
 Dichoso mil veces, dichoso Israel!
 ¡Será nuestra raza cual campo fecundo:
 Serán nuestras tribus cual pródiga miel!

PUEBLO.

¡Ay! ¡ay! de aquel pueblo que insano se atreva
 A alzarse enemigo del pueblo de Dios!
 Será como el humo que el viento se lleva
 Ni leve vestigio dejándose en pos.

CORO GENERAL.

*¡No hay otro Dios que nuestro Dios!
 ¡Dios es el Dios de la verdad!*

*¡Dios es el Rey del mar y el sol!
¡En cielo y tierra es JEHOVA!*

G. G. de Avellaneda.

UNA CENA

CON

EL CARDENAL DE RICHELIEU.

NADIE que haya puesto los ojos en la historia ignora el nombre del cardenal de Richelieu, del gran ministro de Luis XIII, del hombre que concluyó con el feudalismo francés, y abrió en la academia un santuario á la literatura. Dotado de un conjunto de cualidades que le presentaban como un genio nacido espresamente para organizar un pueblo, parecia querernos presentar en él la Providencia un egemplo de la fragilidad humana, encubriendo, con sus portentosas cualidades, las flaquezas de una alma mezquina y de un corazon vulgar.

Sabidos son los golpes que descargó sobre los magnates mas elevados de Francia, inclusa la reina Ana de Austria, pero son poco conocidos los que dirigió á las personas vulgares, como la que es objeto de la presente anécdota, que ha dado á conocer Mr. Baour-Lormian, miembro de la academia.

Mr. Dumont, fabricante por menor de la calle de Saint-Denis, en París, recibió una carta fechada en *Ruelle*, aldea cercana á aquella ciudad y en donde el cardenal tenia una magnífica posesion: el contexto de la carta se reducía á una invitacion de su eminencia al fabricante, para que al día siguiente le acompañara á cenar. El lector podrá figurarse cuál seria la sorpresa de Mr. Dumont al ver en sus manos tan inesperada invitacion, miró repetidas veces el sobre y otras tantas leyó la carta, ya creyéndose víctima de una burla, ya de alguna equivocacion: llamó por fin á su muger y á sus dos hijas, y el exámen de los cuatro dió por fruto una esplosion de orgullo en la familia, pues se dejó sentado, como cosa indudable, que el cardenal tenia noticias sobre el mérito de Mr. Dumont, y queria mostrarle su aprecio.

La noticia del contenido de la carta, se esparció como las ondas de un estanque, por toda la poblacion, y la casa del comerciante fue asaltada por la multitud curiosa y ávida de novedades. La alegría estaba retratada en los rostros de la familia del fabricante, y éste paseaba á lo largo de su sala ya parándose á consultar en el espejo si su fisonomía podia haber llamado la atencion del cardenal, ya dirigiéndose á sus convecinos para preguntarles sobre el modo y trage con que debia presentarse á su *anfitrión* para no faltar á las leyes de la etiqueta. Escusado creo decir que aquella noche durmió muy poco nuestro fabricante, si bien en los cortos momentos que descansó recorrió en su agitada mente toda la escala social dispartada su ambicion por la carta del gran ministro.

Al romper el alba del siguiente día, montó en una mula y se despidió de su

orgullosa familia. Mas la contraria suerte que ha de aguar de continuo nuestros mas inocentes placeres, empezó á apiñar negras nubes en el horizonte, cuando apenas habia atravesado los arrabales de la ciudad. El fabricante, que iba de rigurosa etiqueta, y á quien incomodaba hasta el uniforme paso de la cabalgadura por miedo de no sufrir algun quebranto en su trage, apretó el paso para evitar un chaparrón. Como todos saben, las nubes corren mas que las mulas, así que á los relámpagos sucedieron los truenos, y á éstos gruesas gotas de agua que pararon en una deshecha tempestad. Mr. Dumont sacó su cabalgadura á galope, hasta ganar un meson del lugar de *Nanterre*. Guarecido ya de la lluvia, y habiendo mandado conducir la mula á la cuadra, se posesionó de un rincon del hogar, esperando se secaran sus ropas al calor de los tizones que ardían, mientras pasaba la nube.

Largo rato que estaba sentado, sirviéndose de su sombrero como de una pantalla, y arrojando de todas sus ropas el agua convertida en vapor, cuando fue interrumpido en sus meditaciones por la entrada de un nuevo viajero hecho, como él, una sopa.

Los dos se miraron por unos cortos instantes: en los ojos y facciones del desconocido estaban pintadas la curiosidad y la sorpresa. Dumont parecia como admirado de que no se hubiera saludado al que iba á sentarse á la mesa de Richelieu; mas como este silencio era embarazoso, al menos para el fabricante, aprovechó éste un gesto de disgusto que se pintó en el rostro del recién venido para decir con tono indiferente:

—Hace un tiempo perverso.

—En efecto, contestó su compañero, pero es nube de verano que pasa pronto.

—Dios le oiga á usted, caballero, exclamó el fabricante, pues un negocio interesante me lleva á *Ruelle*.

Su interlocutor guardó silencio, fijando de nuevo sus ojos en él, y haciendo otro gesto de desagrado.

—Atienda usted, añadió Mr. Dumont, cómo aumenta la tempestad en vez de disminuir: los truenos parece que van á asolar la casa, y lo malo es que á pesar del tiempo tengo que marchar.

—Preciso es, dijo el desconocido, que tenga usted motivos muy fuertes para proseguir el camino.

—Muy fuertes, dijo con cierto énfasis el fabricante: voy á hablarle á usted francamente; estoy convidado á cenar en casa del cardenal de Richelieu.

—En verdad que es difícil hacerse el reacio á tal invitacion, pero le advierto á usted que le queda mucho camino que andar, y nó creo piense usted presentarse ante su eminencia con ese trage.

—Su eminencia se hará cargo de todo.

—Si no temiera ser indiscreto con usted, caballero, dijo con interés el desconocido, me atreveria á preguntarle si tiene relaciones con el cardenal.

—Ningunas: si ha sido una sorpresa para mí el favor que he recibido.

—Conozco muy bien á su eminencia, añadió el incógnito tomando asiento al lado del fabricante, y sé lo celoso que es de su autoridad, y el enojo que toma cuando se censura cualquiera de sus actos; hábleme usted francamente, ¿le ha dado usted al cardenal algun motivo de queja?

—Ninguno, dijo Dumont, ocupado en mi profesion ni he querido ni podido meterme en nada que huela á política; sin embargo, aguarde usted, creo que

cierto día delante de dos ó tres amigos me interesé por la desgraciada muerte del duque de Montmorency; aunque en esto no hay nada de particular, porque mi abuelo fue cocinero de esta tan noble familia.

—Caballero, usted tiene la espresion de un hombre honrado, y me ha interesado desde que entré en el meson; le aconsejo á usted que no vaya á Ruelle.

—¡Vaya una salida! ¿que no vaya á Ruelle? ahora mismo á pesar de la nube, dijo Dumont levantándose.

—Siéntese usted, porque me intereso por su suerte. ¿Cree usted que le esperan en Ruelle para cenar con su eminencia? pues está usted muy engañado, se le espera para prenderle.

—¡Dios mio! ¿qué dice usted? eso es imposible.

—Lo repito, para prenderle á usted.

Dumont, asombrado, puso la mano al desconocido encima de la rodilla, exclamando:

—Dígame usted, por Dios, ¿de dónde lo sabe?

—Me consta de fijo.

—Pero ¿de quién, de quién?

—De mí mismo, que soy el encargado de prenderle á usted.

El fabricante, pálido como un difunto, dió un salto de su silla, diciendo:

—¿Y quién es usted?

—El verdugo de París, mandado por su eminencia para espiar á usted, he sido sorprendido tambien por el tiempo y me he refugiado, como usted, á este meson: su fisonomía de usted me ha interesado y quiero favorecerle; aproveche mi consejo, monte á caballo y vuélvase á París.

El fabricante sacó la mula, y á pesar de la lluvia que caía á torrentes, salió á escape del meson en direccion á la ciudad, pero en lugar de volver á su casa permaneció dos ó tres días oculto en la de un amigo, desde donde reunido algun dinero, salió para Calais, embarcándose en seguida para Inglaterra. A los dos años, cuando murió el cardenal, volvió á París y á su casa.

UN MISTERIO *.

La marquesa de Montaran alzó lentamente la cabeza, con su noble rostro lleno de lágrimas, miró á la mariscala, y retirando su mano que queria coger Blanca, apartó á ésta lejos de sí, y se levantó para irse; pero fueron tales su debilidad y emocion, que se volvió á sentar diciendo con dolorida voz:

—¡Dejadme, al menos, llorar sola!

La duquesa se hincó de rodillas á su lado, y señalándole los dos niños, que apenas dejaban ver sus lindas caras, escondidos detrás de la cortina de una ventana, asustados con la violenta escena que acababan de presenciar, le dijo en voz baja:

—Señora, os juro delante de Dios que me oye, que vuestra hija no es culpada... ¡Aquellos niños son hijos míos!... Y en seguida se lo refirió todo á la pobre madre.

* Véase la Revista anterior.

A medida que la marquesa oía los tristes incidentes de aquella historia, iban perdiendo sus facciones la espresion de su enojo; y así que se enteró de la generosidad de Blanca, así que supo el sacrificio que la infeliz acababa de hacer de su honor por salvar la vida de su esposo, le tendió los brazos, exclamando:

—Haga el cielo caer sobre mí la maldicion que eché á mi hija, antes que á ella le alcance....

Blanca se abrazó á ella, secándole las lágrimas con sus besos; mas las fuerzas de la marquesa se habían agotado con tantos sacudimientos, y el profundo cansancio, que en las constituciones nerviosas sucede por lo comun á las emociones fuertes, le produjo sueño. Blanca le mostró su madre dormida á la mariscala, y se llevó á ésta fuera de la sala sin hacer ruido, y los niños, imitando lo que veían hacer, se agarraron de las manos, y salieron detrás de las dos señoras andando de puntillas.

—Señora, dijo Blanca á la duquesa, no me habeis podido volver el honor que me ha robado mi fatal casamiento; pero he recobrado con vuestra confesion el corazon de mi madre, y el mio os lo agradece.

La duquesa miró á Blanca con profunda tristeza, con una de esas tristezas que anuncian un porvenir muy siniestro, y le dijo:

—Nosotras no nos volveremos á ver mas, pero he conocido vuestra alma, y tengo una esperanza que será mi consuelo, y mi última dicha.

Despues, por un movimiento repentino, por uno de esos ímpetus, que solo una madre puede comprender, corrió adonde estaban sus hijos, los tomó en brazos, los llenó de caricias, los abrazó con una espresion inmensa de dolor y de amor, los dejó, los volvió á tomar; y enseñándoles á Blanca, les dijo con penetrante acento, como si quisiera grabar sus palabras para siempre en su memoria:

—¡Querredla mucho, porque es vuestra madre!

Esta abnegacion de la duquesa, esta renuncia al título mas dulce de la naturaleza, esta cruel espiacion de una gran falta, movieron á Blanca á compasion y le tendió la mano. La duquesa la tomó, y poniéndosela sobre el corazon, exclamó:

—¡Ah! ¡Dios no me ha abandonado del todo, puesto que todavía me concede la amistad de uno de sus ángeles!... Rogad por mí, añadió, y prometedme que me concedereis la última gracia que os pediré.

—Os lo prometo, respondió Blanca.

—Gracias, dijo la duquesa, mañana sabreis lo que me atrevo á esperar de vos.

Y envolviéndose en su manton, salió seguida de Blanca, sin atreverse á volver los ojos hácia Edgardo y Mèry, porque su vista le hubiera quitado el valor para efectuar el funesto proyecto, que tan fielmente cumplió, y se volvió al palacio de la reina á escribir la carta que leímos en el capítulo anterior, para legarle sus hijos.... y morir.

Así que volvió Blanca, despues de haber hecho salir á la mariscala por una puerta secreta del jardin, ya no estaban los niños en el invernáculo, porque sin duda los habrían llevado á casa de su *honrada* aya: pero la puerta de la sala en que reposaba la marquesa estaba entreabierta, y Blanca, temiendo turbar su sueño, levantó suavemente la colgadura, y miró dentro de ella antes de entrar. Un extraño é interesante espectáculo se presentó á su vista: un hombre estaba

arrodillado delante de la marquesa, que aun dormia: lloraba y sollozaba, y pronunciaba al mismo tiempo algunas palabras, apenas articuladas, que llegaron á sus oídos.

—Perdonadme, decia, perdonadme vos, que sois el único cariño de mi vida, el mal que os he hecho.... Me habiais confiado el bien mas precioso, un tesoro de inocencia y de virtudes; me lo habiais confiado á mí, vuestro único amigo.... y este amigo os ha vendido.... Este amigo ha cubierto de oprobio y afrenta vuestros últimos dias.... Pero yo me castigaré.... yo me apartaré de vos.... yo os huiré.... y muy pronto moriré de desesperacion, porque sin vos no puedo vivir, y no soy digno de vivir á vuestro lado. *T. por D. R. de C.*
(Se continuará.)

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. No tenemos ninguna novedad teatral de que dar cuenta á nuestros lectores: con las repeticiones del *Lago de las Hadas* y las de las comedias *Me voy de Madrid*, *El Abogado* y *Una Vieja*, ha transcurrido la semana en un verdadero armisticio que cesará con la representacion de *La Gisela*, y el romántico drama titulado *El Médico negro*. Aun cuando no nos estará de sobra el médico en estos calamitosos tiempos en que el cólera amaga, y la gente se muere sin avisarlo, escita mas la curiosidad pública la aparicion de las *Willis*, que aunque ya conocidas de los valencianos, reunen el atractivo de hacer en ellas su primera salida la señora Laborderie, tan justamente celebrada.

* Las fiestas de S. Vicente han tenido lugar con toda la animacion y esplendor que siempre las acompaña. Los milagros se han egecutado con primor, y los labriegos espectadores llevan buena cosecha de maravillas que narrar á sus conciudadanos de la huerta. Los *bultos* de S. Estévan estaban ricamente engalanados, escitando la curiosidad general y llevándose la palma la respetable *comadre* y los dos negritos de Angola. Tambien los vireyes estaban muy contentos y campechanos.... Y á propósito de ésto, siendo el niño Vicente hijo de un escribano, ¿cómo se justifica ese lujo tan aristocrático y casi régio? ¿Consta en la partida la presencia de los vireyes, ó se sacrifica la verdad al lujo de la perspectiva.

* Cumplimos con un deber de justicia manifestando que aquellos vergonzantes de que hablábamos hace dos números, han vuelto á desaparecer de los sitios públicos, merced al celo de las autoridades. Y ya que de mejoras públicas hablamos, y puesto que el bando general de buen gobierno se lleva felizmente á cabo, seria de desear que en la estacion que se avecina se regasen diariamente los sitios públicos, y no paseáramos en una nube de polvo, como aconteció el dia de S. Vicente. Y seria bueno tambien que, como sucede en Madrid y Barcelona, se prohibiese picar las piedras en medio de las calles, á riesgo de que cualquier honrado vecino se quede tuerto.

* Segun leemos en los periódicos de Sevilla, la señora Villó y el señor Assoní han obtenido un completo triunfo en la representacion de *María di Rohan*, siendo llamados á la escena repetidas veces. ¡Qué papanatas son los sevillanos! Esos mismos cantantes han egecutado aquí esa ópera, sin un oyente y sin una palmada; bien es verdad que la entrada era á cuatro *quinsets*. — El señor Assoní ha sido escriturado desde Octubre de este año á Marzo del que viene, para el teatro italiano de París, adonde alternará con el célebre Ronconí en su clase de *primo baritono assoluto*. — La aérea *Fuoco* está haciendo furor en Madrid en el baile titulado *Catalina, ó la hija de las montañas*; baile, que segun los periódicos, es el que mas entusiasmo ha producido en el público, de tres años á esta parte.

Traslado á nuestra empresa.

La Mosca.

MAQUIAVELO.

NICOLÁS MAQUIAVELO, á quien los italianos suelen designar comunmente con el nombre del *secretario florentino*, nació en Florencia el 3 de Mayo de 1469, de una familia descendiente de los antiguos marqueses de Toscana, de cuyas posesiones se fue poco á poco apoderando la república naciente, hácia fines del siglo IX. En ella se contaban trece individuos que habian obtenido la dignidad de (gonfaloniere) magistrado de justicia, que correspondia á la de dux, y otros cincuenta y cuatro que en diversas épocas habian formado parte del consejo de los priores, que constituian la suprema magistratura de la república.

Los primeros años de la juventud de Maquiavelo son enteramente desconocidos: sábase únicamente que perdió á su padre á la edad de diez y seis años, y que concluyó sus estudios bajo la tutela de su madre. En 1494 fue colocado, segun se dice, cerca del sábio Marcelo Virgilio, que desempeñaba uno de los primeros destinos de la cancillería de estado: allí adquirió la práctica de los negocios, y cinco años despues obtuvo una plaza de canciller de la segunda chancillería de estado, con preferencia á otros cuatro pretendientes. A muy poco tiempo lo nombró otro segundo decreto secretario del *Consejo de los Diez*, ó del gobierno de la república; y en aquel mismo año fue elevado Marcelo Virgilio á la dignidad de gran canciller, *primario cancelliere*, destino que conservó, así como Maquiavelo el suyo, hasta que vueltos á entrar los Médicis en Florencia, derrocaron el gobierno que los habia empleado á ambos.

Durante catorce años y cinco meses que desempeñó Maquiavelo este destino, desplegó en él toda la actividad de su genio y todos los recursos de su talento: él solo tenia á su cargo la correspondencia interior y exterior del estado, las actas de los consejos y de las deliberaciones, la redaccion de los tratados ajustados con las potencias vecinas y los soberanos estrangeros. Pero sus conciudadanos no se limitaron á un empleo estéril, por decirlo así, de su talento, sino que deseando aprovecharlo mas, le confiaron, durante el egercicio de sus funciones, veinte legaciones á paises estrangeros, cuatro de ellas á Francia cerca de Luis XII, y en todas ellas, cuyo buen éxito era de sumo interés para la república, supo siempre sostener y defender los intereses y dignidad de su patria. Y si no pudo por sí solo lograr poner á salvo el gobierno de Florencia, forzoso es atribuirlo á la poca energía y al espíritu de discordia que reinaba entre sus habitantes, sin que por esto dejara jamás de valerse de la influencia que egercia en los negocios públicos para preservar la libertad de su patria, y cualquiera que haya sido el resultado de sus esfuerzos, bastan al menos para su gloria.

Florencia cayó otra vez en poder de los Médicis y cambió el gobierno; Maquiavelo entonces, despues de catorce años de útiles servicios, fue primero destituido de su empleo, y desterrado en seguida, con prohibicion de salir del sitio señalado para su confinamiento. Este no fue mas que el principio de sus desgracias: al poco tiempo conspiraron algunos republicanos para destruir el nuevo gobierno y restablecer la libertad, y descubierta la conjuracion fueron

decapitados dos de los gefes, y presos los principales cómplices. A Maquiavelo, por sospechas de ser uno de ellos, y á pesar de no existir contra él ninguna prueba, se le aplicó el tormento, y sufrió, como lo dice él mismo en una carta, cuanto puede sufrirse sin perder la vida. Nada confesó en él, bien fuese que tuviera fuerzas para aguantar el dolor y guardar su secreto, ó bien que fuera en realidad inocente, como lo afirmó siempre, hasta que fue, por último, comprendido en la amnistía general que publicó León X, señalando con este acto de clemencia su advenimiento al trono pontificio.

Vuelto Maquiavelo á la libertad, no fue por esto mas feliz: estaba casado y tenia varios hijos, y como su desinterés en el egercicio de su empleo no le habia permitido mejorar su fortuna, salió de él tan pobre como habia entrado. Dedicóse entonces á buscar consuelos en el retiro y el estudio; y aquí es preciso rectificar algunos de los juicios que se han emitido sobre los escritos de este hombre célebre.

Se ha escrito un libro sobre las vicisitudes de la fortuna de Aristóteles, y otro casi igual pudiera formarse sobre la de Maquiavelo. Sus obras causaron muy poca sensacion al principio: las tres principales, la *Historia de Florencia*, los *Discursos sobre Tito Livio*, y *El Príncipe*, se publicaron algunos años despues de su muerte, acompañadas de un privilegio del papa Clemente VII, uno de los mas ilustrados pontífices que han ocupado la cátedra de S. Pedro. Sus sucesores dejaron por mucho tiempo reimprimir estas obras sin hallar en ellas nada contrario ni á la moral ni á la religion, y solo en el pontificado de Paulo IV se halla inscrito Maquiavelo en el catálogo de autores de escritos que debian proscribirse; pero ya era muy tarde para prohibir libros repetidas veces reimpresos, y cuyo veneno debia estar muy oculto, cuando habia sido menester tanto tiempo para descubrirlo.

Cuando se estudian con atencion las razones en que apoya Maquiavelo la mayor parte de sus principios, no se tarda en descubrir su verdadero pensamiento, y sorprende no poco ver, que este escritor, á quien se tacha de profesar una moral tan corrompida, porque presentando friamente la cuestion, sin censura ni elogio, parece que rechaza toda idea de virtud, no abandona, sin embargo, jamás el partido de lo bueno y honrado. El fin de Maquiavelo al componer el libro *del Príncipe*, no puede ya en la actualidad ser dudoso: en vano han querido algunos ver en él un lazo tendido á los Médicis para acelerar su caida con el aliciente del poder absoluto, y en vano han pretendido otros que el austero republicano hace en él concesiones que lo constituyen fautor de despotismo; este tratado se compuso con el solo objeto de probar á los Médicis que su autor habia sabido aprovechar su posición para adquirir profundos conocimientos en política, y que era digno de que lo emplearan los nuevos señores de su patria.

En 1523 estalló otra nueva revolucion en Florencia, restableciéndose el gobierno popular, y Maquiavelo volvió á su patria lleno de las mayores esperanzas. ¿Y quién podia, en efecto, tener títulos mas fundados para el reconocimiento público? Mas al llegar á Florencia no tardaron en desvanecerse las ideas favorables que habia podido formar, pues no es seguramente cuando el pueblo está con el entusiasmo del poder, cuando hay que esperar de él justicia. Maquiavelo hizo tan triste experiencia, y el hombre que con tanto valor habia soportado el tormento, se dejó abatir al verse separado de los negocios por sus

ingratos conciudadanos, y esta pesadumbre alteró su salud. Creyó restablecerla con un remedio que acostumbraba usar para los dolores de estómago que padecía, y eran unas píldoras, que aconsejaba tomar á sus amigos, y que, decia, *lo habían resucitado*, pero esta vez de nada le sirvieron, y acometido de violentos dolores en las entrañas, murió el 22 de Junio 1527, á los cincuenta y ocho años de edad. Cuando conoció próximo su fin, imploró los auxilios de la religion, y murió asistido hasta los últimos momentos de los consuelos que prodiga á sus hijos. Preciso es que haya sido grandísimo el encarnizamiento de sus enemigos para haber asegurado que murió con los mas marcados sentimientos de ateismo y profiriendo horribles blasfemias; mas son tantos los testimonios que existen en contrario, que hubieran podido á la verdad omitir semejante calumnia. Sin embargo, solo en 1787 y bajo el gobierno del gran duque Leopoldo, Florencia, ingrata hasta entonces con la memoria de uno de sus grandes hombres, le erigió un sepulcro de mármol en la iglesia *Santa-Crocce*, al lado de los de Miguel Angel y Galileo.

Maquiavelo es tenido en Italia por uno de los escritores que mas fuerza, claridad y naturalidad han dado á la lengua nacional. Su manera de escribir es enteramente diversa de la de sus contemporáneos, pues mientras que los Bembo, los Guicciardini se complacian en exornar sus períodos, Maquiavelo, arrastrado por la impetuosidad de su pensamiento, espresa su frase tal como le ocurre, y no la procura adornar con una riqueza que le parece estraña. Es digna de notarse la relacion que hay entre su estilo y el de Montesquieu, no pudiéndose dudar que este estudió á Maquiavelo, á quien llama grande hombre en su inmortal obra del *Espíritu de las leyes*; y si no le ha hecho mas particularmente justicia confesando lo que debia, forzoso es atribuirlo á la reprobacion que pesaba sobre la memoria del secretario florentino.

Queda, en efecto, contra él una acusacion terrible, que ha convertido su nombre en sinónimo de la perfidia é inmoralidad política. ¿Seria acaso muy difícil borrar esta mancha? ¿No se podria decir que en materia de gobierno, existia el *Maquiavelismo* mucho antes que Maquiavelo? Mas si no es posible disimular completamente las funestas prevenciones que van unidas á sus escritos, tal vez podrán servirles de excusa los tiempos en que vivió y la posicion en que estuvo: Francia habia visto en su trono á Luis XI: Inglaterra á Enrique VIII, que hacia morir en el cadalso á tres reinas, sus esposas, y la cátedra pontificia estaba deshonrada por Alejandro VI, aquel Borgia de triste memoria. Educado, por decirlo así, en medio del olvido de todos los principios de moral y de justicia, lanzado á los veinticuatro años en la carrera de los negocios públicos, obligado á tratar con personajes, cuya alta clase no los ponía á cubierto de la corrupcion, hubiera sido forzoso que tuviera un alma estraordinariamente enérgica para no dejarse arrastrar con el torrente del ejemplo.

En el número de los antagonistas de Maquiavelo se encuentran dos nombres autorizados: el primero, Federico II, el monarca guerrero, filósofo y literato; el segundo, Voltaire, que se dedicó á publicar el *Anti-Maquiavelo* del príncipe real de Prusia con la infatigable actividad que fue siempre el móvil de sus acciones. Esta empresa de dos enemigos tan ilustres debe considerarse como un brillante homenaje rendido á la alta reputacion de Maquiavelo, y como el complemento de todas las vicisitudes á que debian verse espuestas sus obras.

A MI MADRE.

Cariño materno, delicia suave,
Dichoso el que sabe, tu imperio acatando,
Que vas procurando, sin hiel ni tormento,
Placeres sin cuento.

¡Dichoso mil veces quien sufre tu yugo
Balsámico jugo del alma inocente,
Tranquila corriente, benéfico rayo
Del nítido Mayo!

Perfume apacible que llegas al alma,
Dulcísima calma vertiendo en el seno;
Ambiente sereno, que halagas las flores
Sin duros rigores.

Amor excelente que ignoras los celos,
Y ahuyentas desvelos de fieras pasiones;
¡Cuán puros blasones adornan tu escudo
De males desnudo!

¡Balsámica rosa sin crudas espinas,
En almas mezquinas no viertas tu aroma!
Estrella que asoma del hombre en la cuna
Sin nube importuna;

Suavísimo fuego que tibio calienta
Y el alma alimenta con plácida llama,
¡Ay, cuánto se inflama mi pecho que siente
Tu lumbré inocente!

¿Quién da en nuestros labios el beso primero
Con rostro hechicero delicias sembrando?

¿Quién va derramando tranquilo beleño
Del niño en el sueño?

¿Quién ¡ay! sobre el lecho do duerme inocente
El plácido ambiente del pecho derrama?

¿Quién tanto nos ama, quién vierte en el alma
Placeres y calma?—

¡Cariño materno, delicia suave,
Dichoso el que sabe, tu imperio acatando,
Que vas procurando, sin hiel ni tormento,
Placeres sin cuento!

F. Figueroa.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

NAPOLEON Y WASHINGTON.

PARALELO TRAZADO POR CHATEAUBRIAND (1).

Al echar una ojeada rápida en los hombres (2) que mas han trastornado durante los últimos años los imperios y las ideas, se nos presentan como dos grandes colosos Washington y Bonaparte. No pertenece el primero á aquel linage de héroes que de tiempo en tiempo produce los Alejandros y los Césares: bien al contrario, ni se halla colocado en la gloriosa arena teniendo á príncipes y á reyes por espectadores, ni atraviesa los mares, ni corre con no vista audacia desde Ménfis al Austria, y desde Cádiz al centro de la Moscovia. Lucha por otra parte en un pais desnudo de monumentos y de memorias, sin destituir á los monarcas, sin renovar con ensangrentadas hazañas los portentosos triunfos de Arabela y de Farsália. No sé qué silencioso velo ofusca el brillo de sus acciones: obra con lentitud, procede con madurez, y á cada paso vacila cual si temiese comprometer los destinos de su patria. Sin embargo, al internarse uno en los desconocidos bosques, donde brilló tantas veces su vencedora espada, hállese de repente en medio de colonias florecientes, de tribus laboriosas y manufactureras, esperanza fecunda de la América, estímulo y recelo de la antigua Europa.

Revolviendo los ojos hácia Bonaparte, vémosle combatir por el contrario en los paises mas clásicos de la historia, rodeado del prestigio de su nombre famoso, y de las engañosoras ilusiones que frecuentemente deslumbran á los ambiciosos adalides. Cual si tuviese un presentimiento de la brevedad de su carrera, ó cual si conociese, por mejor decir, que el torrente que desciende de muy elevada cumbre debe pasar con rapidéz por la llanura, apresúrase á disfrutar de su fortuna como de las caricias de una fugitiva cortesana, y seme-

(1) Voyage en Amérique, t. I.

(2) Encontré á Washington, dice el mismo Chateaubriand, antes que las circunstancias hubiesen dado alguna publicidad á mi nombre. Pasé ante él como una sombra: mientras yo le veía en el lleno de su resplandor, contemplábame el antiguo caudillo envuelto en el polvo de mi propia oscuridad.

Poco despues ví á Bonaparte sin que mi corazon pudiese amarle. El anciano que dejaba en América escitaba mi respeto, el conquistador de la Europa mi cólera ó mi desprecio. En la moderación del primero creí reconocer las virtudes de un pueblo puro, en la brillantéz y en las pasiones del segundo las flaquezas de un pueblo corrompido. El destino que me hizo conocer á estos dos hombres célebres, revelaba á mi espíritu que la modesta templanza del uno disculpaba sus empresas, y que la codicia del otro habia de eclipsar algun dia el lustre de sus hazañas.

jante á los dioses de Homero quiere mágicamente trasladarse del uno al otro extremo del mundo, por lo que aparece en todas las riberas, y escribe su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja sin detenerse cetros y coronas á su familia, á sus amigos, á sus soldados, despues de haber abatido la hidra de la revolucion, horrendo simulacro de la anarquía.

Retiróse Washington al techo paternal una vez asegurada la suerte de su patria; y la Eúropa no se atrevió á dejar las armas mientras respiraba Napoleón, por mas que le tuviese encarcelado en una isla del Océano.

Existe la obra de Washington, al paso que ni vestigios quedan del imperio que usurpara Bonaparte (1). Ambos salieron del seno de una república, ambos alimentaron en su corazon las falsas teorías de los filósofos enciclopedistas; pero el uno creía en ellas de buena fe, y las adoptaba el otro como un medio de ensalzamiento.

Este desmesurado gigante pertenecía por su genio á la edad moderna, y por su ambicion á la edad antigua: adelantábase á veces hácia lo futuro, á veces retrocedia á lo pasado, y siempre por su prodigiosa fuerza arrastraba ó repelia los acaecimientos y las naciones. Como á sus ojos no eran los hombres sino recursos de grandeza y poderío, ninguna especie de relacion se nota entre su felicidad y la dicha de sus súbditos: prometió engrandecerlos y solo supo esclavizarlos: mostróse egoista con ellos, y abandonáronle á su siniestro impulso. ¡Ah! así como colocaban los Faraones de Egipto sus fúnebres pirámides en medio de estériles arenales, ha elevado Bonaparte sobre áridas ruínas el frágil monumento de su fama. ¡Ella es mas bien un recuerdo de sus culpas que de sus glorias, un recuerdo de su nada que de su prepotencia, un recuerdo de su oscura muerte que de su ruidosa vida! — *Grao.*

EL CONVENTO Y EL TEATRO.

LAS campanas violentamente agitadas hacian retronar las lagunas con su toque á vuelo; por todos lados las góndolas, cediendo al impulso de los remos, corrian cargadas de venecianos vestidos con opulencia. Este gentío tan alegre y elegante iba á arrodillarse á los pies de los santos altares. Era pascua.

Un gran número de fieles se habia reunido en la capilla del convento de Santa M.^{***} Allí tiernas voces de jóvenes se unian en coro para celebrar la resurreccion del Salvador. ¡Qué patética armonía! ¡qué cantos divinos! parecian uno de esos conciertos celestiales que solo retumban en las bóvedas del cielo.

(1) Si como la fama cuenta, Ruy Diaz de Vivar fue puesto ya difunto sobre Babiaca y todavía ganó una batalla á los agarenos, Napoleón despues de muerto ha hecho suya la Europa. Su imperio es un período de gloria para la Francia; y si renace, tal vez él sea quien detenga el torrente de la revolucion, y asegure en el mundo la paz: y pregunta Châteaubriand ¡qué queda de su imperio!.... pues qué ¿es poco quedar?

Cada cual, replegando su pensamiento, se dejaba trasladar por el delirio de su imaginación á las regiones divinas donde su alma se estraviaba, y se creía estar en presencia del Todopoderoso! — Ya el sacerdote ha levantado la sagrada hostia, y una sola voz ha resonado bajo los góticos arcos de la bóveda. ¡Oh! ¡ahora crece la ilusión! ¡Es sin duda la voz de un ángel! ¡Qué celestiales acentos llenos de espresión! El corazón se conmueve, lágrimas brotan los ojos. Todos escuchan con entusiasmo.... temblando.... este canto divino no durará siempre.

Terminado el oficio, un hombre, en cuyas facciones se veía estampada la emoción que había experimentado, se dirigió á una de sus vecinas, que no cesaba de murmurar algunas santas oraciones, sin conmoverla la música.

—¿Conoceis, le preguntó, la monja que ha cantado el *Salutaris*?

—Debe ser una jóven novicia que va á tomar el velo.

—¡El velo! exclamó el interlocutor que no podía ocultar su indignación; ¡ah! por el sol que me alumbra, no será así.... es un tesoro no destinado á una abadía.

Algunos instantes despues estaba nuestro dilettanti con la abadesa. Esta le había contado que la jóven por quien se interesaba era hija de un joyero de Venecia, que por repetidas desgracias se veía reducido á la nada, y por la recomendación de personas muy poderosas, había consentido en darle entrada en el convento.

—Lo que acabais de decirme, madre, me colma de alegría, porque no veo obstáculos para el cumplimiento de mis proyectos. Puesto que esa jóven no está aquí por vocación, y si por la desgracia de su familia, no podrá rehusar su libertad, si la fortuna la espera á las puertas de esta casa.

—¿Cómo? dijo la superiora sorprendida.

—He oído su voz cuando el oficio.... es el mejor soprano que oí.... y su carrera.... debe ser la del teatro.

—¿El teatro? contestó la superiora; usted no piensa....

—Le prometo las mas ventajosas contratas.

—Es imposible.... ¡El teatro! ese lugar de perdición.... ¿y yo permitiría que una hija de Dios incurriese en la eterna condenación por satisfacer vuestros locos deseos?... No, señor, lo repito: es imposible.

—Pero no olvideis que su voz es admirable.... es una gran lástima no emplearla....

—La empleará aquí.... entonará cánticos....

Nuestro italiano no se acobardó sin embargo de esta negativa, que ya esperaba, y no desistió en el combate por falta de valor. Creía que podía haber contratas hasta con la gente de Dios.

—Pero madre, siguió; si ella partiese con vosotras su afortunada suerte.... si cediese al convento su primer contrata....

—¿Dinero?... ¿por quién me teneis, señor? — ¿Vender el deshonor?

—No es eso, madre.... os engañais sobre mis proposiciones; sería á título de reconocimiento como esa jóven os daría una renta de cincuenta florines....

—Imposible, os digo.

—De sesenta.

—Es inútil.

—De setenta.... de ochenta....

— Sois tan egecutivo....

— Pensad que es la felicidad de su padre, de toda su familia, que está en la miseria....

— Pero, señor, puede ser que ella no consienta.

— ¿Creeis que el claustro tenga muchos atractivos para una jóven de diez y ocho años, — y mas cuando el teatro está delante de ella con sus bravos y sus triunfos de cada día?

— ¿Decis que daria al convento una renta de ochenta florines?

— Cierito....

— Le hablaré, siguió la superiora queriendo disimular su alegría...; pero estad persuadido, señor, que lo que haga es únicamente por el padre de la pobre muchacha.

Nuestro dilettanti dejó el convento, firmemente persuadido de su éxito, porque ya todo dependia de la abadesa.... y no dudaba conseguir sus fines.... El oro tiene atractivos para todo el mundo; hasta para una abadesa.

Al día siguiente, despues de la misa, hizo comparecer á la novicia. Era una graciosa morena de tez sonrosada y fresca; su talle esbelto y torneado se delineaba por encima de un toscó sayal. Cuando se sentó, la superiora entabló el combate, porque esperaba gran resistencia....

— Hija mia, le dijo; el día en que vais á pronunciar un á Dios eterno al alegre mundo se aproxima.... Pero ¿habeis meditado que en el momento en que pertenecereis á Dios, el arrepentimiento será un pecado mortal?

— Ya lo sé, madre.

— Decidme, hija mia.... ¿ningun recuerdo altera vuestra resolucion?... ¿no recordais algunas veces con sentimiento lo pasado?... ¿Y si hoy os mandasen pronunciar el voto fatal.... decidme, hija mia, vacilariais?

— No, madre.

— No temais, hija mia; decidme la verdad.... pues estoy dispuesta á probar vuestra resistencia, si no sentis una sincera vocacion.... Y por egemplo, si una carrera se os presentase ahora, una carrera que pudiese hacer la felicidad de vuestra familia, y sacar á vuestro padre de la miseria, ¿persistiriais en quedarnos en el claustro?

— ¡De veras! exclamó la jóven, ruborizada y con el rostro sonrosado de alegría con el pensamiento de devolver la dicha á su desgraciado padre.

— Sí; podeis ser rica; desde hoy podeis pasar de esta vida monótona á una existencia agitada y llena de emociones....

— ¿Cuál es, madre? preguntó alegremente la jóven....

— El teatro.

A esta palabra la novicia perdió el color, porque era terrible renunciar á una vida que le presentaban brillante y llena de atractivos. ¡Y verse obligada á tornar el velo, cuando ya creia haberlo rasgado!... Pero su educacion le mandaba negarse á tal oferta.... y obedeció.

— No, nunca tal carrera; mas vale el claustro.

La superiora no cesaba de mirarla, y habia notado la alegría de la novicia cuando le hablaba del mundo. No dudaba que con mas perseverancia conseguiria vencer esta resistencia.

— Ya que persistis en esta resolucion, preparaos á egecutarla. Desde mañana entrareis en el retiro.

Con efecto, al día siguiente la jóven novicia, separada de sus compañeras; abandonaba la celda por un sombrío cuarto, de donde ya no salió, ni para comer. Al cabo de ocho días pasados en aquella triste morada, la abadesa vino á buscarla para conducirla á una sala mas tranquila; después de haber bajado veinte gradas, llegaron al fin de un inmenso subterráneo, en donde se hallaba una sala húmeda y oscura, alumbrada solamente por el resplandor de una antorcha moribunda.

—Aquí, la dijo, permaneceréis hasta el día en que pronunciéis vuestro voto.

El valor de la jóven desapareció á la vista de este horrible retiro, y abandonándose sobre el pobre lecho, se dejó encerrar como la víctima que baja la cabeza bajo el hacha fatal, sin fuerzas para apartarla. Allí, viendo llegar el funesto día, habia reflexionado con espanto su suerte futura; y la pobre jóven pensaba en lo pasado, y en la carrera que se la habia ofrecido y que sentia desear. La noche que precedió al momento fatal, en vano ansió que el sueño mitigase la fiebre abrasadora que la devoraba; sus pensamientos de cada día agitaban su espíritu; todos sus males se agolpaban para inmutar su resolución.... Mas de una vez estuvo á punto de sucumbir....

Al llegar al día, la abadesa vino á buscarla, y ya sin fuerzas para resistir, se dejó llevar sin proferir una palabra.

La capilla estaba colgada de tapices negros, como para el oficio de difuntos. Allí cubrieron á la novicia con largos vestidos de luto; su palidez hubiera convencido de la realidad de aquella ceremonia fúnebre. Cuando llegó al centro del coro, la hicieron tender sobre un tumbo, cubriéndola con un paño sepulcral; los cantos comenzaron, — aquellos cantos siniestros que hacen temblar con la idea de la muerte que penetra en el alma.

Todavía una hora, y la jóven habia muerto para el mundo.

Pero á las últimas estrofas del *Dies iræ*, un grito horroroso salió de debajo del paño negro. Era la víctima estremecida que habia recobrado sus fuerzas al borde del abismo.

—¡Oh! ¡madre mia!... acepto; dijo con trémula voz á la superiora que corrió á su lado.

—¡Loado sea Dios! murmuró la abadesa.

Poco tiempo después, una jóven actriz saludaba con gracia por primera vez á los espectadores del gran teatro de Venecia, que la sepultaban bajo una lluvia de ramos y coronas.

El maestro era Crescentini: la discípula la novicia del convento de Santa M. *** era la célebre Catalani.

Epigramas.

I.

—Este cuadro es una joya,

Dijo Luisa á D. Torcuato.

—¿Es un capricho de Goya?

No señor, que es mi retrato.

II.

Un padre á su hija decia,
Dándola buenos consejos,
«Sé otra Susana, hija mia;”
Y la chica respondia:
«Cuando me persigan viejos.”

III.

Traduce cuatro comedias
Del francés al castellano,
Y, segun los madrileños,
Serás un gran literato.
Gerónimo Moran.

IV.

El licenciado Bellidos,
Que abogaba en una causa
En pro de sus defendidos,
Viendo á los jueces dormidos
Hizo en su alegato pausa.

El que despierto quedó,
«¿Por qué la defensa oral
Suspendeis?” le preguntó.
«Porque temo, replicó,
Despertar al tribunal.

Hipólito Munarritz.

UN MISTERIO *

Y el anciano, que esto decia, agarró la orilla del vestido de la marquesa, y la besó con respeto casi religioso. En seguida se levantó pausadamente, y como si hubiera dejado su alma á los pies de la noble señora, la estuvo mirando un momento con profunda desesperacion, pronunció la palabra á Dios, y se volvió para irse. Mas se quedó pálido y temblando, como un criminal que se vé sorprendido, al hallarse cara á cara con Blanca, que lo detuvo diciéndole:

—No os vayais; mi madre nada sabe.... y vuestra confesion es para mí sola.
—¿Tú me perdonas?... repuso el caballero con voz ahogada por las lágrimas.
—¿No es por ella por quien lo habeis hecho todo? respondió Blanca señalándole á su madre que despertaba.

* Véase la *Revista* anterior.

La marquesa, al parecer, procuró primero coordinar sus ideas; en seguida fijó la vista en el caballero, y le dijo:

— Os han ocultado, sin duda, su cruel sacrificio, hijo de su completa ignorancia, de los actos y de las leyes; pues sé muy bien que apreciáis mas el honor que la vida, y jamás le habríais dejado vender el nuestro.

Estas palabras traspasaron el corazon del caballero como un aguzado puñal, y se sonrojó y palideció á un tiempo: mas Blanca se apresuró á responder, viniendo en auxilio de su viejo amigo con una generosa mentira:

— Yo he obrado por mí sola, madre mia.

— Está bien, dijo la marquesa, recobrando toda la energía pasada con la indignacion que la animaba. Dios me privó del oido, para que no pudiera saber el deshonor de mi hija; de la vista, para que no la viera consagrar su afrenta al pie del altar; mas ahora que me ha devuelto uno y otro, ni quiero ni debo ser cómplice de semejante contrato.

— Hija mia, añadió poniéndose sola en pie con magestuosa lentitud, y yendo á descolgar de encima de la chimenea la preciosa miniatura que tan bien le presentaba las facciones del marqués de Montaran; te requiero para que me digas, en presencia de esta venerada imágen, si puedes, sin avergonzarte, llevar un título y gozar de unos bienes pagados á tan caro precio.

Blanca bajó la cabeza porque conocía el inflexible carácter de su madre; escesivamente buena en todos los sentimientos de la vida, y enérgica y casi dura, cuando se trataba de delicadeza y honor, y al momento comprendió que si su alma podia encontrar perdon en el amor, la de su madre no perdonaria jamás.

Las ideas de la marquesa estaban demasiado de acuerdo con las del caballero, para que no la oyera esplicarse así con cierto placer secreto. Despues de verificado aquel fatal casamiento, como él lo llamaba, no habia tenido el buen hombre un solo dia de sosiego. Viviendo con el continuo recelo de que Blanca descubriera el misterio de su union, inventando ardid sobre ardid, artificio sobre artificio, para escusar con la marquesa la increíble ausencia del esposo de su hija, se veia reducido, como ya hemos dicho, á temer el momento en que su amiga recobrara el oido, conociendo que las dificultades y restricciones de una conversacion por escrito, y lo que en ella podia omitir, no podian tener lugar cuando le hiciera preguntas claras y terminantes, á las que su oido iba tarde ó temprano á exigir respuestas precisas.

Tambien es necesario decir, que no eran los goces de aquella inmensa riqueza lo que mas habia seducido al caballero de S. Lorenzo, pues se hubiera contentado con un modesto y tranquilo bienestar para sus dos amigas, y este se lo habia proporcionado, con gran satisfaccion suya, la casualidad ó su buena estrella. Acababan de serle devueltos algunos bienes del marqués de Montaran, cuya restitution no le habian permitido intentar judicialmente los escasos medios de su viuda, gracias á algunos sacrificios hechos oportunamente, y tal vez á la invisible proteccion que velaba constantemente sobre la jóven princesa; y el caballero, una vez asegurados los medios de vivir con desahogo á la marquesa y su hija, hubiera renunciado con gusto á una riqueza tan cruelmente adquirida. El rencor, por otra parte, que nunca se debilita en ciertas organizaciones irritables como la de S. Lorenzo, le hacia soportar con sumo disgusto la especie de autoridad que se abrogaba sobre él el ex-padre Daquin, el conde

Voromsos en sus frecuentes relaciones. Este mal genio, como él lo calificaba, ejercía sobre él su imperio por el ascendiente que le daba el importante secreto, de que lo había hecho responsable; y el caballero, enredado por todas partes en los hilos de aquel misterioso drama, pugnaba en vano por librarse de los agudos dardos que á cada paso le lanzaba su astuto y maligno adversario. Hubiera, pues, dado cuanto hay en el mundo por poder luchar con su enemigo con armas iguales, y por todas estas razones adoptó con gusto las ideas de la marquesa, olvidando en su irritación, hasta la confianza que le había hecho Blanca de su amor al príncipe.

— Yo no debería, dijo el caballero, viendo que Blanca callaba después de las vehementes palabras de su madre, decir mi opinión en tan grave circunstancia; pero si á la princesa no la detienen para el partido que debe tomar si no consideraciones generosas con respecto á su esposo, podría fácilmente hacerla prescindir de ellas, revelándole un hecho, que debe tanto mas dispensarla de todo miramiento con el príncipe Metzski, cuanto que jamás podrá ser feliz con él.

Blanca miró al caballero, asombrada de encontrar un enemigo, donde esperaba hallar un amigo.

— El príncipe, continuó diciendo éste, ha jurado á la madre verdadera de sus hijos, á su querida, en fin, no vivir jamás con su muger, mientras exista la duquesa de A....

— ¡Qué horror! dijo la marquesa.

Blanca se sintió próxima á desfallecer.... esta espantosa idea solo le había ocurrido alguna vez, y su corazón indignado la había rechazado siempre.

— Hija mia, dijo la marquesa abrazándola, ni aun el amor podría resistir á semejante injuria.... ni los títulos ni las riquezas serian capaces de cautivar un alma como la tuya.... Déjale, pues, á tu madre el cuidado de consolarte de tantas penas. Este nombre de madre que invoco; los derechos de tu virtuoso padre sobre ti, que yo he heredado, no me permiten dejar á mi hija sufrir por mas tiempo el vergonzoso yugo que le han impuesto.... ¡Pero si fuera posible que la hija del marqués de Montaran quisiera seguir sufriendolo, tu anciana madre no seria testigo de ese oprobio, y se iria á morir lejos de ti!... Elige, pues, entre el autor de todos tus males, y yo que nunca te he dado mas que dicha y afecto.

Blanca, por toda respuesta, se arrojó en brazos de la marquesa, y ésta salió acompañada del caballero de S. Lorenzo.

La joven no sucumbió bajo este nuevo golpe: el orgullo solo venció á la pasión, porque las heridas del amor propio son mas punzantes que las del amor. Todo lo disculpaba en la conducta de Odoardo: la cruel necesidad del sacrificio de su honor de doncella; el misterio con que se lo habían ocultado: pero el juramento de no volverla á ver.... las expresiones amorosas que se atrevió á decirle, siendo para siempre de otra.... tanta mengua, tanta perfidia reunidas, desesperaron y exasperaron aquella alma tierna y cándida, y tomó su resolución.

Tres dias después presentaba la casa de Montaran un aspecto triste y severo, enteramente opuesto al movimiento que de ordinario se notaba en ella. El caballero de S. Lorenzo, en pie en su cuarto sin muebles, esperaba una visita que le acababan de anunciar, y entró el conde de Voromsos, á cuya vista asomó á sus labios una sonrisa de burla y casi de odio.

— La princesa no está visible, según me han dicho, dijo el conde saludando á S. Lorenzo.

— Os han dicho la verdad, contestó éste. ¿Qué queréis? después de tantas y tan diversas emociones, un alma mas fuerte que la suya necesitaria de sosiego y soledad.

— Me han asegurado, repuso Voromsof con malicia, que el señor caballero habia desafiado al miserable, cuya insolente provocacion produjo tanto escándalo en el baile de la ciudad, y temia que la juventud y la fuerza del oficial de notario....

— Triunfaran de mi edad y de mi debilidad, ¿no es esto? le interrumpió el caballero. Agradezco, señor, el interés que me manifestais; pero bien pudisteis convenceros antes de ayer por vos mismo en el bosque de Bolonia, de que siempre hay medio de igualar las suertes en un desafío.

— ¿Pues qué sabeis del príncipe? dijo Voromsof sorprendido, porque sobre éste se habia guardado completo silencio.

— Como si lo hubiera presenciado yo mismo, respondió el caballero. Por lo demás, mi desafío al oficial de notario, como llamais á la visita que le hice á ese tuno, no me obligó á tomar semejante partido.... Estaba, á lo que parece, amenazado hace mucho tiempo de ictericia, y aprovechó esta ocasion para tenerla.... Es una fortuna, ¿no es así?

— Caballero, dijo el conde con seriedad, un motivo mas grave que el de una conversacion indiferente, es el que me trae á esta casa.

— Ya me lo figuraba yo, dijo sonriéndose el caballero, porque jamás se vé por aquí al señor conde, sino en las grandes ocasiones.

— Vengo por motivos, que creo inútil manifestaros, continuó Voromsof, á decir á la señora princesa, de parte de su esposo, que su intencion, ó por mejor decir, su mas vivo deseo, es tenerla á su lado.

— ¡Bah! dijo el caballero, ese deseo no le ha venido muy pronto á S. E.; mas al fin ha venido.

— El príncipe, continuó Voromsof, sale dentro de algunas horas para Rusia, á causa de la guerra que acaba de estallar con Francia; le seria muy difícil llevar consigo á la princesa y sus hijos, viéndose precisado á hacer este largo viage con la mayor rapidéz; pero yo tendré el honor de servir de guia á la princesa.... y si el señor caballero nos quisiera acompañar....

— ¡Es demasiada bondad!... dijo S. Lorenzo; yo no voy á vivir entre los enemigos de mipatria.... y mucho menos en tiempo de guerra.

— Pues en ese caso, añadió Voromsof, marcharé solo con la princesa.

— No creo que ella os acompañe en ese viage, dijo el caballero.

— ¿Y quién lo estorbaria? repuso aquel.

— Una razon muy poderosa, señor conde.... replicó el caballero poniéndose en pie, y mirando á Voromsof con todo su aire de gran personaje: la negativa de la noble jóven, que por tanto tiempo os ha servido de juguete para vuestras intrigas, y que cansada, al fin, de este humillante papel, me ha encargado que os anuncie tres cosas.... y voy, añadió saludándole, á cumplir á mi vez mi mision.

— ¿Y cuáles son esas cosas, caballero? dijo el conde muy conmovido.

— La primera es, contestó S. Lorenzo, que Blanca de Montaran declara, que no llevará mas el nombre de un esposo, que no es el suyo....

— La segunda, que le devuelve á S. E. cuanto ha recibido de él, y se contentará en adelante con los pocos bienes que ha heredado de su padre....

— Y la tercera, por último, es, que ella y su madre han marchado á un retiro impenetrable, en donde todo vuestro oro y toda vuestra habilidad no lograrán descubrirlas.

— ¡Eso ya lo veremos!... dijo Voromsof fuera de sí.

— Pues lo vereis, señor conde, repuso el caballero. Y en cuanto á sus hijos, á los hijos de la princesa, ¿entendeis? porque vos se los habeis hecho reconocer muy legitimamente, se los ha llevado consigo, como el único recuerdo que ha querido conservar del príncipe Metzski.

— ¡Sin muger! ¡sin hijos! exclamó Voromsof con profundo dolor; ¿qué le quedará, pues?

— ¡El remordimiento! contestó el caballero de S. Lorenzo.

XXI.

La casa de las Rosas.

LA casa de las Rosas era una lindísima habitacion situada á algunas leguas de Saverna, en el delicioso valle de Marmontier, y debia tan bonito nombre á las muchas rosas que cubrian sus blancas paredes. Sepultada entre árboles casi seculares; escondida como la violeta entre el ramaje, al abrigo de las tempestades y de las curiosas miradas de los viajeros por las altas montañas que la rodeaban, parecia que se ocultaba á los ojos de los importunos, para no dejarse ver sino de raros amigos. Por esta razon, el estudioso naturalista, ó el cazador extraviado, no podian contener un grito de sorpresa y admiracion al descubrir aquel delicioso óasis, donde hallaban siempre la mas agradable hospitalidad.

Por esta secreta y sencilla habitacion habian, pues, abandonado la suntuosa casa de la plaza de Beauvan la marquesa de Montaran, su hija y el caballero de S. Lorenzo, y unidos á ellos otros dos huéspedes, que ni eran los menos alegres, ni los menos felices de los habitantes de la casa de las Rosas. Edgardo y Méry, como habrán adivinado sin dificultad nuestros lectores, habian sido llevados á la casa de Montaran por un encargado de la reina de Holanda, de la excelente Hortensia, á quien la duquesa, al espirar, habia suplicado que los confiara á Blanca, remitiéndole la carta escrita por ella en los últimos instantes.... triste y patético testamento de su corazon. Blanca, á pesar de la profunda herida que habia recibido su dignidad y su alma con el juramento del príncipe, no resistió al sagrado deseo de la moribunda; pero temiendo que su anciano amigo, el caballero, la acusara de debilidad, le ocultó la muerte de la mariscala, y la suprema mision que habia implorado de ella su desgraciada rival. Esta era la causa de que S. Lorenzo creyese, al anunciar al conde Voromsof, la ida de los hijos del príncipe, que Blanca lo hacia por via de represalias de todos los males que habia sufrido, cuando la noble jóven cumplia un santo y religioso deber. Por lo que hace á la marquesa, habia llorado, como su hija, con la carta de la duquesa, y no cargando sobre las dos inocentes criaturas las faltas de los que les habian dado el sér, las habia hecho muy pronto objeto de sus cuidados y cariño.

Dos años iban trascurridos desde que la pequeña colonia habia fijado su residencia en la casa de las Rosas, que el caballero habia comprado, y nada podia darse mas encantador que la intimidad de aquellos desterrados voluntarios. La vieja Mariana se habia vuelto á encargar de las funciones culinarias, y su educacion, empezada bajo la direccion de la princesa, y perfeccionada despues por los constantes documentos de S. Lorenzo, la habia hecho una verdadera notabilidad en su clase, con gran gloria de éste, que se admiraba á sí mismo en su discípula, y hallaba escelentes los platos mas comunes, al pensar que eran hijos de sus principios y su genio. Edgardo, príncipe en la sangre, y delicado como un gran señor en ciernes, solia hacer un gesto cómico al oír estas alabanzas, lo que daba lugar á las mas curiosas discusiones entre el niño y el anciano, en las que siempre el niño tenia razon, como el mas maligno y mas terco de los dos. Al fin S. Lorenzo habia tomado profundo interés por los dos pequeños séres legados á Blanca, y se habia hecho cargo de su primera educacion, siendo cosa verdaderamente digna de ver una leccion dada por el anciano á sus dos lindos discípulos. Edgardo sobre una de sus rodillas, Méry sobre la otra, con sus bracitos enlazados al cuello de aquel grave preceptor, y abrazándolo uno despues de otro, cada vez que les corregia una falta, ó se disponia á reñirles.

Ninguna alteracion habria sufrido esta tan dulce y apacible vida, si el alma de aquella familia, el ángel en quien se concentraban todos los afectos, todos los pensamientos de nuestros solitarios, no hubiera inspirado tristes inquietudes á su madre y á su anciano amigo.... ¡Blanca iba perdiendo la salud!... Diariamente se veia inclinarse mas hácia la tierra aquella hermosa flor; su brillo y su frescura habian desaparecido; su talle tan delgado parecia que iba á quebrarse al menor esfuerzo del viento; y sus grandes ojeras denotaban una mortal languidez. Blanca sentia renacer, pero con mas acerbidad y fuerza, la cruel enfermedad de que la habia una vez curado una sola palabra, proferida por una voz amada, la noche del viernes santo en la iglesia de Sta. Isabel.

Sostenida al principio por la indignacion que le causó la noticia del juramento hecho por Odoardo á la duquesa, habia creído poder desterrar su amor de su corazon como de su pensamiento; pero así que el tiempo fue borrando todo lo amargo y cruel que habia en sus recuerdos, no quedaron en su alma sino las dulces emociones pasadas, y el pesar que le causaba su pérdida. Una esperanza la tuvo tambien largo tiempo entretenida con sus risueñas ilusiones: se figuraba que algun secreto iman atraeria al príncipe hasta su retiro, que lo guiaria adonde ella estaba algun genio bueno y benéfico: pero el tiempo pasaba, la esperanza se desvanecia, y la pobre niña veia acercarse la muerte mas cruel de todas, porque se la vé venir diariamente, á cada hora, y se cuentan los pasos, y se siente el frio mucho antes de la tumba; la muerte, en fin, de la consuncion.

Un dia, que creia estar sola en la pieza en que el caballero daba ordinariamente leccion á sus protegidos, vió sobre la mesa un mapa, que servia para los primeros estudios de Edgardo y Méry, y desdoblándolo al momento, se puso á examinarlo con atencion; mas al medir la enorme distancia que separaba á Francia de la patria de Odoardo, le atravesó un puñal el corazon, y brotaron de sus ojos dos torrentes de lágrimas. Embebida en su exámen no sintió que se le acercaba con precaucion una persona, la cual, despues de haber mirado con

sumo tiento por encima de su hombro, alargó el brazo, y le sujetó la mano, cuyo dedo estaba aun fijo sobre la palabra *Rusia*. Blanca dió un grito de espanto; mas una repentina confusion se apoderó de ella, cuando oyó á su madre decirle con dolorosa reconvencion:

— ¡Hé aquí, en fin, el secreto que te mata!... ¡Y mi hija ha preferido morir antes que confesármelo!...

— ¡Madre mia! exclamó Blanca, ¿no sois vos quien nos ha separado?

— ¿Pero, desdichada niña, me habias tú acaso dicho que lo amabas?

T. por D. R. de C.

(Se concluirá.)

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. Han seguido las *Hadas* bailando toda la semana, y ha continuado el público honrándolas con su ausencia. Y no porque lo hagan mal como lo hacen los *Hados* de la compañía de verso, sino porque lo hacen muchas veces, y para magnetizar ó dormir á los valencianos no es necesaria la asistencia del señor Cubí, sino la repetición de cualquier espectáculo que no sea mágico. Respecto á las funciones dramáticas, nada tenemos que decir, porque nada nuevo se ha hecho, ni nada bueno: son como una especie de intermedios establecidos en favor de los coreógrafos (bailarines ó danzantes decían nuestros tontos antepasados) de que nadie hace caso, á que nadie asiste, y que mueren *virtute propria*. Y efectivamente: ¿qué puede ni debe decirse de unas funciones á que asisten cincuenta espectadores? ¿con qué justicia puede criticarse á una empresa que lucha con el desaliento del público, desaliento que así se manifiesta con malas como con buenas compañías? ¿con qué derecho se le exigirá la perfección de los trages, el lujo de las decoraciones, la grandiosidad del aparato escénico, si el benévolo público en vez de concurrir al teatro se entretiene en dormir, en jugar al tresillo, ó en murmurar del prógimo en sus reuniones habituales? De ahí nace que las empresas escatiman los gastos; de ahí nace que los artistas trabajan mal y sin entusiasmo; de ahí que los carretones en que se bañan las *Hadas* bramen tan espantosamente; de ahí que Minguet le haga hacer veinte eclipses á la luna, y de ahí que el magnífico teatro de Valencia se vaya reduciendo por momentos á la nulidad.

Y desgraciadamente solo un remedio conocemos para ver el coliseo con numerosa concurrencia, y que dudamos quieran aplicarlo los futuros empresarios: que la entrada sea *gratis*, y aun así sería preciso que en verano se obsesquiase á los espectadores con un *mich y mich* de cebada y orchata. Acaso de este modo llegaría á desarrollarse en el vulgo el órgano teatral.

* *. El señor Cubí ha terminado sus lecciones de Frenología y Magnetismo, á lo que ha asistido una concurrencia numerosa, que ha quedado satisfecha del talento del profesor, y del afanoso esmero con que predica el sistema de Gall. Un contrincante ha aparecido, que viene á dramatizar el asunto: el señor Freat sostiene que la cabeza de Napoleon era muy pequeña; y como uno de los dogmas frenológicos establece que *une tete tres petite* es la cabeza de un estúpido, cree haber destruido la ciencia por su base. El señor Cubí, que ha aceptado el combate, sustenta que la cabeza del héroe de Austerlitz (no nos atrevemos á llamarle rey de los reyes, porque el término, aunque poético, huele á sacrilegio) era muy grande, y cádate aquí que la miden y la remiden, y buscan y comparan, y pasan los aficionados las horas muertas cotejando unas monedas con otras, y aun midiéndolas con un papelito. Por supuesto que quedan vencedores los que mas desarrollado tienen el *órgano de la comparacion*. Esperamos con curiosidad el fin de la polémica; y aunque profanos á la ciencia, abrigamos la convicción de que la cabeza de Napoleon era mas grande que la del señor Freat y la del señor Cubí. — *La Mosca*.